

Otras víctimas

Juan Carlos Fernández Calderón

www.juancarlosfernandez.es

Decía Agustín de Foxá en 1945, al poco tiempo de conocer los efectos de la bomba atómica, que *las víctimas de Hiroshima (sin cadáver, sin esqueleto, sin cenizas), son sin duda los muertos más muertos de la tierra*. Ciertamente, el horror nuclear desencadenado por un ingenio diabólicamente humano es escalofriante. Bien se refiere Foxá a esos muertos que se desvanecieron sin dejar rastro, en una espeluznante orgía de fuego. Tristes muertos convertidos en humo. Solitarios muertos de carne sublimada al instante para desesperación de allegados que jamás podrán poner flores en un túmulo. Víctimas predecesoras, eso sí, sin sufrimiento, claro, de otras tantas a las que agotó la radiación o la desesperanza.

La brutalidad de los artefactos de Hiroshima y Nagasaki ha sido exhibida durante décadas por los pacifistas que agitaban pancartas en las que rezaba el lema *no más Hiroshimas*. Seguro que coinciden muchos de éstos con aquéllos que deploran la fiesta taurina, en la que se prodiga, según dicen, una vesania insufrible contra el toro.- Algunos claman contra quienes visten abrigo de piel, estúpida moda que acarrea la masacre de visones y otros animalillos dignos de conmiseración. Otros, también, coinciden en la brutalidad de la pena de muerte, mera venganza que atenta contra la dignidad del hombre. Son activistas de movimientos respetables, aunque no se compartan algunas de sus ideas.

Pero hay otro holocausto al que muchos de estos amantes del hombre y de la naturaleza se refieren poco. Una tiranía silenciosa contra indefensos que, a diario, pasan a ser víctimas casi tan esfumadas como aquellas de Hiroshima. Seres vivos que, por no ser toros de lidia, o visones, parece que para muchos no merecen respeto. Seres de la especie humana, personas en formación, con características comunes a las personas, con reflejos comunes a las personas, engendrados por personas. Estos tienen, al parecer, para muchos, pocos derechos. *Nosotras parimos, nosotras decidimos*, dicen algunas. Como si lo que llevan dentro fuera una cosa, sobre la que se puede ejercer el uso y el abuso.

Muchos de los que creen que un aborto es un simple despojo quieren ampliar los supuestos en los que no está penado abortar. Muchos creen que el aborto, al que llaman eufemísticamente *interrupción voluntaria del embarazo*, es legal en ciertos casos. No es cierto. Es aborto en España es ilegal. La Constitución garantiza el derecho de todos a la vida. Lo que ocurre es que hay una doctrina del Tribunal Constitucional, en virtud de la cual tres supuestos de aborto, el criminológico, el terapéutico y el eugenésico, no merecen reproche criminal. Lo que ocurre es que, seguidamente, viene el abuso, como venimos conociendo durante los últimos meses.

A diario, las trituradoras o las incineradoras o la escalofriante inmoralidad del cubo de la basura dan cuenta de tantos muertos tan muertos como los que cita Foxá, eso sí, sin haber conocido la luz, sin haber tenido posibilidad de elegir libremente su vida, sin haber podido desarrollar su potencialidad humana, sin haber sido juzgados, sin haber recibido una educación ni un mínimo afecto. La bomba de Hiroshima mata por el calor inconmensurable. Los fetos mueren en la más absoluta frialdad. El progresismo llora por las víctimas de Hiroshima, los fetos desmembrados sólo merecen un profundo, absoluto e impenetrable silencio. Quien brama contra el arma nuclear es un avezado antiimperialista. Quien lo hace contra el aborto no es más que un retrógrado. Hay vidas que merecen la pena defender, otras no. Quienes arrojan pintura a las señoras que visten pieles son luchadores, quienes afean la conducta inmoral e ilegal de quienes transgreden la ley merecen el ser motejados de meapilas o carcas.

Entre tanto, la sangría sigue.